

El ojo de la palabra

ILIANA HERNÁNDEZ ARCE*

*Escribir un poema es reparar la herida fundamental,
la desgarradura.
Porque todos estamos heridos.*

ALEJANDRA PIZARNIK¹

Había una vez... un Dios que, de tan generoso, creó la palabra y la regaló al hombre, entonces el caos se convirtió en vida. *En el principio fue el Verbo... y el Verbo era Dios (...). Y todas las cosas por él fueron hechas (...). En él estaba la vida.*

Así fue que la palabra, *soplo sonoro, aire herido, humo de boca que se desvanece en el aire* (Rosenblat, 1997), nos llegó del cielo con su piel hecha de eternidad y un vuelo que se pierde en la memoria hasta habitarla, y es que la palabra no perdona el olvido, es por eso que esos espacios sin palabra se vuelven bestias que nos juegan una guerra feroz.

La palabra es esencialmente humana; eco de nuestras ideas abstractas, deseos, voluntad, evidencia de nuestro interior. La palabra es un hilo en la inmensa trama que constituye el universo del ser, porque la palabra se transforma y nos transforma, porque la palabra es viento y es letra.

Hay palabras que se forman en la boca, en el silencio, en el viento, en la piel encendida; hay otras nacidas en el vértigo de una hoja en blanco, del lienzo, de la piedra, de la danza; palabras que se filtran hasta las rendijas del dolor para llenar como un pan, el hambre que no es de alimento.

Así es como llegamos a la escritura, ese mundo que no se toca con las manos, que es llegada y es viaje; también un combate abierto con

¹ Moia, Martha Isabel. Entrevista a Alejandra Pizarnik publicada en *El deseo de la palabra*, Ocnos, Barcelona, 1972.

*Iliana Hernández Arce
Maestría en Psicoterapia Psicoanalítica de la Asociación Psicoanalítica de Guadalajara.
Egresada de la Maestría en Letras Jaliscienses de la Secretaría de Cultura de Jalisco.
Autora del libro *Suicidario*, CECA, 2013.
ilitiz@hotmail.com

esa bestia feroz. Y es que escribir, nos dice Clarice Lispector: *“Es tan peligroso. Quien lo ha intentado lo sabe. Peligro de hurgar en lo que está oculto, pues el mundo no está en la superficie, está oculto en las raíces sumergidas en la profundidad del mar”* (Lispector, 2008).

Para Hélène Cixous (p.13), hay que *“Escribir (...) para acariciar con la lengua, lamer con el alma, saborear la sangre del cuerpo amado; de la vida alejada, para saturar de deseo la distancia a fin de que ella no te lea”* (Cixous, 2006). Escribir entonces es conjurar los demonios.

A continuación presentaré cuatro cuentos que escribí para exorcizar, conjurar, reparar de manera simbólica la historia de unos seres heridos, desgarrados, que un día decidieron quitarse la vida². En el camino de mi mano temblorosa, los dedos se mojaron de mi propia historia, y en el papel vi cómo se amontonaban mis bestias. Entonces supe que se escribe para transformar el dolor en una exquisita dolencia.

Las Olas

Sussex. Marzo 28, 1941.

Cómo sujetar el alma, mi querida Pisínoe, en este barco de papel, cuando el cansancio se ha metido hasta la almohada, como un secreto que hace daño. No bajes el rostro con nostalgia, sirena de alas encendidas, que mi sonrisa se ha vuelto inválida pero mi corazón no, él ha ardido conmigo estos cincuenta y nueve años, como tú que me acompañas al filo de este instante, con asombrosa ternura.

Cómo sujetar el alma, Pisínoe, en este barco de papel, bajo este sol que tiene frío y tiembla como la llama de una enorme candela

² Publicados en *Suicidario* (2013). Iliana Hernández.



Virginia Woolf

y yo me enredo voluptuosa entre tu canto y el aire de invierno. Entre los recuerdos como alfileres y las olas de los cuerpos que amé. Entre el vacío que resonó por dentro y las palabras que di a luz. Y mis danzas que tejieron telarañas entre mis muertos y mis vivos.

Cómo sujetar el alma, mi querida Pisínoe, en este barco de papel, si mis letras se han vuelto pájaros sin cielo, y mi alma rebelde no puede conjurarlas. Sólo me quedan los recuerdos en los que caen huracanes y sus vientos retuercen las olas, las levantan, las ondulan para luego golpearlas. No más golpes, ni locura de voces que interrumpen mi silencio y se vuelven tan visibles que cubren de sombras este barco encallado en las orillas de mi río Ouse.

Cómo sujetar el alma, Pisínoe, en este barco de papel. ¿Acaso no tiene algo de fatal el destino? Estuve rodeada de espíritus en movimiento y me dieron de su vida, pero yo nací con un ángel terrible que me cubrió de brasas. Aunque duela, nadie se asombrará, ni Leonard, ni Nessa, ni el árbol de la colina con sus hojas que solían jugar a mi alrededor.

Cómo sujetar el alma, mi querida Pisínoe. ¿Cómo? No llores, mira: he recogido piedras mientras venía hasta aquí, elegí las más pálidas y sonrientes. Canta, canta mientras apago de un soplo la flama del sol y suelto las amarras de este barco de papel y letras. Para emprender mi viaje. Espérame al final del río, ahí donde Ely Ouse a veces copula con la luna, y otras, con el sol.

Ahí donde solo hay silencio.

Vestida de cenizas

Espolvoreado con luz de estrella, un “Blues Cósmico”. Se escucha a lo lejos. Janis Joplin canta a suaves desgarros mientras espero en un piso muerto de este viejo hospital, rodeada de imágenes y de sombras derruidas. Miro a mi alrededor, no estoy sola, me acompañan todas las viejas confusiones. Fumo un cigarro tras otro, el humo ayuda a cubrir el sol que hoy es gris como los poemas muertos en la garganta. No sé, últimamente la luz me hiere con más intensidad. Me asomo al jardín, en su lugar hay una tumba abierta. ¡Cuánta tranquilidad!

Señor, el tiempo se ha sentado a descansar. Mis dedos golpean insistentes la pared. En el vidrio de la jaula puedo ver mi exagerada palidez, la observo detenidamente —es natural—, ya no tengo sangre, la fui usando en cada letra. —¡Ah! Janis, *llevas espanto en tu ritmo*. ¿Sabes lo afortunada que eres?, ya no persigues sueños.

Por fin las cinco de la tarde. Mi voz brota como un violín desde el diván. El Doctor Pichón Rivière me escucha mientras de su pipa se escapa ese aroma que florece y me cae suavemente, como un pañuelo contra las lágrimas. Le digo con mi voz más nueva: —He roto la caja de pandora en la cuna, por eso la lluvia cae en mis ojos y sus rayos me abra-



Alejandra Pizarnik

san—. Hago un largo silencio antes de continuar. —¿Ya lo sabe? Ellos me han puesto en la sala 18, creen que tienen la cura para mí. Me he reído hasta quedar devastada. Ignoro qué hago en esa jaula sin alas; las paredes tienen risas equivocadas, los muebles murmuran a mis espaldas. No hay silencio y todo se vuelve más confuso—.

—Doctor, ¿existe una llave para cerrar las heridas? La vida tiene dientes. La noche me mira cada noche, conoce mis secretos. Escribo infinidad de palabras para llenar este enorme vacío que no se cansa. Ahora comprendo que nunca existió un mañana, porque el mundo está muerto. Por eso no hay lugar en dónde colocar la intensidad del alma que se vuelve náufraga en el olvido—. Cuarenta y cinco minutos más tarde, me levanto inquieta del diván. Mis palabras quedan rotas, danzando desnudas entre el recuerdo. Como un pájaro en fuga, le digo adiós a “mi viejito”. Beso sus mejillas, siento ternura, le dirijo la *última sonrisa sobreviviente*. Cierro la puerta con cautela. Dejo escapar un hondo suspiro. ¡Pobre doctor!, ignora que ha muerto.

En la sala 18, escribo hasta que las manos duelen, hasta sentir las palabras en la

boca, en los dedos, en la mirada; no tienen otro destino que volverse libélulas de alas sangrantes. He tratado en vano de cruzar mi mar de tinta. Siento las manos muertas.

Salgo al jardín, enciendo otro cigarro, me vuelvo a percatar de la tumba abierta. Camino hasta ella, de su boca brota toda una selva, una luz quejumbrosa; la voz melancólica de Janis sigue cantando “Blues Cósmico”. La curiosidad me empuja, bajo uno a uno los peldaños de la escalinata. Al entrar en la luz, me vuelvo crisálida. Dentro del capullo, mi pecho en rebelión estalla, el cielo arde y el fuego es sólido. Entonces grito y gimo, arranco de la piel mis nombres: Buma cae al fondo del agua, Flora corre hacia las colinas, Blímele vuela hasta donde la luna duerme, Sasha se pierde entre los vagones de un tren. Ahora soy libre, soy Alejandra Pizarnik. Vestida de cenizas, me siento en el borde de una estrella desde donde deo caer mi *silencio ardiente*.

Confieso

*Madre,
cada vez que le hablo a Dios
tú te entrometes.*

ANNE SEXTON

Perseguí la poesía esperando que algo sucediera y pasó, así es la poesía, aprisiona las ideas y les da vida. El pensamiento me fluyó más vivo y me bauticé poeta, gané el Pulitzer, entonces mi reino fueron las palabras en las que galopé desenfadada. Con el *tac, tac, tac* de mi máquina esperaba cubrir el sonido de esa gotera infernal, que me ha enloquecido desde siempre.

Ese fenómeno singular, me ha perseguido en cada casa, en cada ciudad, en todo momento; es independiente al mundo externo y tiene vida propia. Cuando niña, pensaba que era algo imaginario, poco a poco fui descu-

briendo que era real y malévolo, que la gotera persecutoria provenía de su pezón, no había sombra de duda: era un *pecho malo*.

En la curiosidad de la infancia, algún día bebí de su leche: era amarga y moralista, todo cambió sin tregua. Aquella descomunal teta se instaló en mi vida, el sonido estruendoso de cada gota se repitió sin variantes: segundo a segundo, retumbando incesante dentro de mi cabeza, como una campana destemplada, como queriendo recordarme algo.

Cuando me embaracé, desapareció la horrible teta, era demasiado lindo para creerse, la busqué en cada rincón, en cada ventana, subí al desván, no la encontré. ¡Qué alivio! Por fin estaba libre de su espantosa presencia.

Una noche, desperté sudorosa, el pánico me cubría como una manta espinosa, yo temblaba en la oscuridad; lo sentí con una claridad insoportable, estaba dentro de mi útero, celebrando un festín, devoraba cada una de mis células para alimentarse. Mis gritos enloquecidos partieron como un rayo la noche.

En el hospital, el doctor Martin Orne escuchó con paternal ternura mi historia de la teta, muy serio fingía creerme. Eso sí, se aventuró conmigo; me ayudó a buscar esa luz inútil para encontrar la salida. Me invitó a escribir todo eso que bullía en mi mente, fue una brújula en el viento.

Sin más compañía que mi miedo, al cabo de un tiempo, descubrí que estaba embarazada de nuevo cuando la teta volvió a desaparecer. No existe manera de describirla palpitando en mi vientre, alimentándose de mí, de mi angustia. Más doctor Orne, más Torazina, más poemas para sostenerme de una tabla salvadora.

Pasaba largas horas en mi pequeño estudio, confesando en poemas los acontecimientos de mi vida, pequeños o grandes. Así, si un día desaparecía, podría dejar una pequeña huella de Anne. La teta intrusa me seguía a todas partes, hasta cuando hacía el amor, ella se



Anne Sexton

asomaba por la ventana, su pezón agrietado era como un gran ojo, con su virulenta leche goteando.

Puse un cerrojo en mí y tiré la llave, para encerrar en lo más profundo de mis nubes, mi tormenta, pero de los poros me brotaban los puntos más dispares de la vida: compleja e imprevisible, con tonos de azul violento. *Luego le corté la cabeza al amor; quedé indefensa y sedienta* y necesité una sombra para cubrirme pero no hubo nadie – ni Dios. Mi vida se agotó en un breve instante.

Me vestí como para ir a una fiesta, sobre los tacones más altos, mientras las pulseras tintineaban en la muñeca, me asomé en el espejo para ver mis grandes ojos azules... Siempre fui bella, fui Anne Sexton pero también un grito y la poesía mi redención. Bebí un vaso de vodka, besé el retrato de mi querida amiga Sylvia, luego tomé otro, me iba sintiendo mejor. Antes de servirme el tercero, me cubrí con la piel de mi madre, sonreí maliciosa a la teta goteante, que atenta me observaba des-

de la ventana. Un mareo suave y con el tercer vaso en la mano, salí al garaje para partir sin prisa, al centro del invierno.

More-fine

Un antídoto

Sufres gozas amas rabías besas ríes.

FRIDA KAHLO

Yo era un triste cuadro colgado en una pared azul cobalto, la vida me trascurría: plana, con el torso desnudo de la cintura para arriba; sin perico, gato o chimpancé que me acompañara. Me llamaban: *La columna rota* – como la imagen de mi cuerpo–. Pasé, no sé cuánto tiempo en aquella casa, todo ahí era solemne menos el azul de las paredes. Me habría lanzado al vacío si no hubiera encontrado la manera de desordenar la vida y protestar contra el cautiverio. Esa era mi lógica aunque no quería tener lógica sabiendo que las posibilidades en la vida son infinitas. Entonces como una protesta contra todo, empuñé un pincel, me di a la fervorosa tarea de pintar, trazo tras trazo, días y noches, contra todo descanso; con ánimo de contradecir, golpear miradas asustadizas. Los colores intensos brotaban de mis manos hechas de pintura, así me nacieron cincuenta y cuatro oleos con los rostros de mí, todos llenos de dolor y sangre; cada uno o mejor dicho, una... era un poema agónico. Los cuadros se fueron acumulando en las paredes, todas lanzando la mirada fija en algún espectador figurado.

Del goteo de pinturas que caía sobre la cama, nació una mujer idéntica a mí, con la columna rota y una golondrina con las alas abiertas en medio de los ojos. Como cualquier Eva que recién comió su manzana, sintió vergüenza, pero no de su desnudez sino de la horrible columna rota que dejaba su corazón a la intemperie, le llegó *la pena ruidosamente*, ella, a diferencia de nosotras, sí podía sentir en su

cuerpo, todo nuestro dolor acumulado, aquello era insufrible. Todas las Fridas nos sentimos profundamente conmovidas, entonces decidimos darle un baño con polvo de oro para que brillara siempre por dentro y por fuera.

Para cubrir la fea columna, se vistió como una diosa Azteca: huipil con *listones solferinos*, holanes infinitos, cascabeles en manos y pies, en el pecho un pectoral para soportar las flechas dirigidas al corazón. Como toque final a su arreglo, trenzó su pelo, lo enredó en su cabeza como una corona y lo llenó de flores. Sonriente dejó la habitación pero enseguida regresó, había olvidado lo más importante, un rebozo. Se cubrió con él, para sentir menos dolor. Porque rebozo quiere decir abrazo. Entonces partió a la vida.

Unas horas después regresó casada, desde entonces la vida nos trascurrió entre la 'rotedad', el amor, la pintura y otros desgarros. Entre esto y aquello, pronto olvidamos quien dio vida a quien, ya no importaba, éramos las Fridas, muchos rostros para dibujar una sola historia.

Desde ese día la cama donde nació, fue escribiendo historias de amor, esa cama-roca fue agitación de almas pegajosas, vaivén de locura remando entre olas y olas de cuerpos salobres, frenéticos: conjugados en femenino y masculino; olas palpitantes como tierra; fusión de aguas, mares, ríos. Hasta que un día el cuerpo de Frida se rompió en un solo grito.

El dolor no le cerró los ojos, de él tomó fuerza para escribir en el cuerpo versos sustentados con sangre, ríos de dolor cósmico en el que flotaron todos sus mundos: columna rota, pierna rota, amor roto, cuchillo roto clavado en el centro de su ser. En los días más insoportables le dio por volar, escaparse hasta las nubes, por los aires de rojo y purpurina, para abandonar por un instante, todo el dolor en la cama. Nadie, ni nosotras pensamos que su vuelo sería tan fugaz. Entre más dolor sentía Frida, más sangraban los cuadros, algunos



Frida Kahlo

hilos de sangre llegaron a escaparse por el azul de las paredes.

Una noche, en la casa–cielo llovió morfina. Un antídoto contra el dolor. A Frida se le dibujaron ondas en las manos, le salían delirios desafinados de las mangas, las caderas se abrían paso entre las faldas de terciopelo, el ruido yacía indolente tendido en un rincón. Ella se despidió de nosotras con un vaivén de mano, pero sonriente.

En la mañana, cuando vinieron a ordenar la habitación, supimos que en el crematorio, Frida se sentó para despedirse sin prisa de sus amores, llevaba una estrella sol enredada en el pelo. Mientras se alejaba, Chavela le cantó *Luz de luna*.

Bibliografía

- Rosenblat, Ángel** (1997). *Sentido Mágico de la Palabra*. Tomo VI. Caracas, Venezuela: Monte Ávila Editores Latinoamericana.
- Lispector, Clarice** (2008). *Un soplo de vida*. Madrid: Editorial Siruela.
- Cixous, Hélène** (2006). *La llegada a la escritura*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.